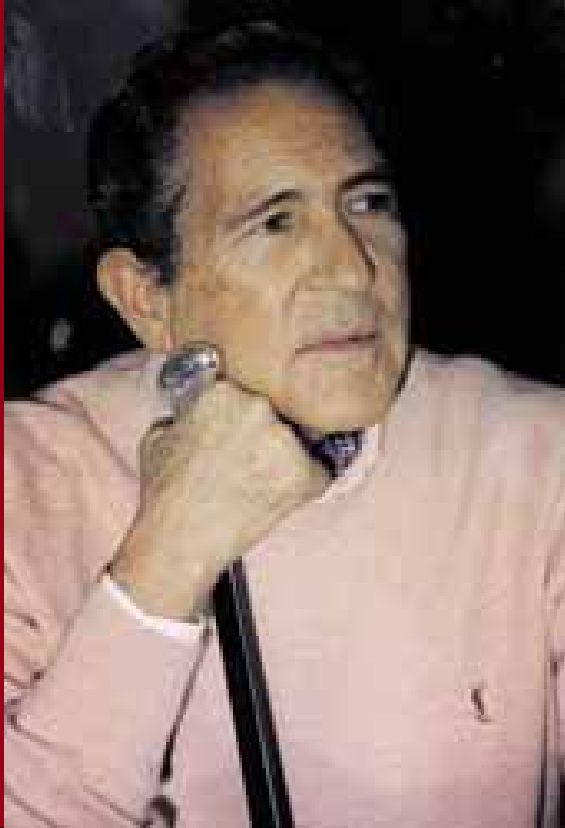


*Antonio Gala*



**Poemas  
de amor**

**Enemigo íntimo  
La Acacia**

*Ediciones P/L@*



## **Antonio Gala**

Nació en Córdoba, en 1936, licenciado en Derecho, Filosofía y Letras, y Ciencias Políticas y Económicas, desde 1963 se dedica por completo a la literatura. En poesía, destacan sus obras: *Enemigo íntimo*, que obtuvo el premio Adonais, *La Acacia*, *Valverde 20*, *Sonetos de la Zúbia* y *Testamento andaluz*. Ha cultivado también el relato, el ensayo, el guión televisivo (*Si las piedras hablaran* y *Paisaje con figuras*) y el periodismo. Sus artículos más representativos han sido recopilados en las antologías: *Charlas con Troylo*, *La soledad sonora*, *En propia mano*, *El águila bicéfala* y *El don de la palabra*. Pero el género al que más atención ha prestado es, sin duda, el teatro, donde ha conseguido notables éxitos; entre sus obras destacan: *Los verdes campos del Edén* (1963), Premio Nacional Calderón de la Barca; *Los buenos días perdidos* (1972), Premio Nacional de Literatura; «Anillos para una dama» (1973); *Las cisternas colgadas de los árboles* (1974); *¿Por qué corres, Ulises?* (1975); *Petra Regalada* (1980); *Carmen, Carmen*, musical estrenado en 1988, etc. Sus obras más recientes son *Granada de los Nazaríes* (1992), *La pasión turca* (1993), *Más allá del jardín* y *Carta a los herederos* (1995), Su última novela, *La regla de tres*, apareció en abril de 1996.

Es autor también de varias novelas, entre ellas, *El manuscrito carmesí*, que obtuvo el premio Planeta en 1990, *La pasión turca*, cuya versión cinematográfica fue dirigida por Vicente Aranda y *Más allá del jardín*, también llevada al cine por Pedro Olea.

En 1997 publicó *Poemas de amor*, selección de poemas de amor de los distintos trabajos poéticos realizada por su autor, y del cual recogemos aquí los de *Enemigo íntimo* y *La Acacia*.

«...Es como un líquido que toma la forma del recipiente en que se vierte. Hay poesía de pintura, de literatura, de música, de escultura, de arquitectura... Habrá incluso una actitud poética que no se materialice en nada sino en procurar estar ante las cosas con una posición de aprendizaje, de pregunta, de perplejidad: algo que no es más que una vía de conocimiento. Eso es la poesía, y no una vía de comunicación.»

«...También casi los de *Enemigo íntimo*: una adolescencia, sin embargo, más reflexiva, desalentada por la búsqueda afanosa de la que no está ajena cierta divinidad...»

«...*La Acacia* es consecuencia de una destitución; nace cuando todo parece acabarse: a los veintipocos años uno ignora que la vida comienza, o se reinaugura, cada mañana. Y si no lo ignora, es igual o peor...»

*Antonio Gala*  
(prólogo de Poemas de amor)

**ENEMIGO INTIMO**

1

Cuando el amor cierra los ojos para  
beber en unos labios  
el agua que un momento se le presta,  
se hace en torno la muerte y queda sólo  
profundamente vivo  
lo que es de suyo desvalido y torpe:  
el tacto, que resbala  
como un reptil sobre las superficies.  
Entonces el amante  
sacia su propia soledad y estrecha  
al amado con el mortal abrazo  
de la serpiente, cuyo anillo busca  
extinguirlo, morir, desvanecerlo.  
Vuélvese hacia el vacío  
interior y descubre vacilante  
un nuevo ser dentro de sí; percibe  
su soledad doblada,  
y, enagenado y alterado, en sí  
cava un abismo, al borde  
del otro abismo, al que se lanza viendo  
su odio en el del otro ensimismado.

Qué rencor sobreviene  
a ese extraño que somos  
al sorprenderse dado y no cumplido:  
muerde, araña, devora, absorbe, intenta  
de su propia traición tomar venganza,  
posee lo que jamás fue menos suyo,  
y así se rinde y cree vencer, dejando  
su soledad, el patrimonio único,  
invadida a merced del enemigo.

Nadie hay más fuerte que el amado. Nadie  
un combate decide tan impávido.  
Armagedón sin ruegos, envolverse  
ve el amante su espada en negaciones.

Y es la helada ceniza  
del desencanto lo que descubrimos  
cuando la pleamar  
recoge de la playa sus diademas.  
Cumple el ritual amante de esta forma  
un equilibrio misterioso, y vuelve  
la armonía, que al ciego impone quien  
se sonríe y eternamente aguarda.  
Desnudo y vulnerado, ante el hostil  
secreto, en los canchales del engaño,  
mira el violentado su destino  
inútil ya como un pájaro muerto,  
mientras sobre la tierra  
queda maduro un fruto y preparado.

2

Dice el amante en el amor palabras  
que no entiende, mentiras  
con que procura defender el brote  
de su esperanza, rehecha en cada hora.  
Antes de que el amor  
desenmascare su voracidad  
y en litigio se exprima la mandrágora,  
del todo y para siempre  
piensa nacer. Pero hay una sonrisa  
por el aire que sabe la verdad.  
No es el tiempo el que pasa,  
sino el amante, y dura  
la promesa tan sólo  
el instante que dura la expresión.  
No somos dueños del amor, ni puede  
el éxtasis morderse como un fruto.

Vuelve el amante en sí  
y de su vieja soledad recobra  
los fatales rincones. Le sorprende  
el despreciado intruso

que a hurtarle vino su abundancia, y odia  
la mano que hace poco reclamaba.

No somos dueños del amor: amamos  
lo que podemos, pues la muerte y  
el amor no se escogen. Presentimos  
que los raudales de la soledad  
volverán a correr aún más copiosos,  
pero intentamos destronar la muerte  
con el beso. Y en tanto  
besamos, se nos vuela la mirada  
hacia lo nuestro, que es el desamor  
y su cierta inminencia.

Busca el amante introducirse en  
el oscuro recinto del amado  
para salir del suyo y olvidarse.  
Busca otra soledad y no la encuentra,  
porque es la soledad el amor mismo  
disfrazado de carne y de caricia,  
alzando su clamor en el desierto.  
Nada puede libranos  
de este ajeno enemigo,  
sino la luminosa muerte, donde  
el fuego nos asume, recuperáanos  
la quietud y en el silencio se hunden  
las promesas de eterno amor. La muerte,  
cuya serenidad  
detiene la aventura enardecida  
o el sonámbulo intento  
del que ama. La muerte, cuya cera  
no se funde al ardor de los abrazos.

Salta el amor, como una alondra súbita,  
de mirada en mirada. Qué alegría  
pone al tallo de la flor, mientras se pierden  
los amantes en selva  
de delicias, cantando  
por la mañana de oro protegidos.  
No obstante, entre las dos  
cinturas permanece  
el filo de un cuchillo. Cada amante  
es su alondra, su selva y su mañana:  
en sí las goza, en sí las extravía.

Amor no es más que estar  
amando, sin sentir el oleaje  
en que a la fiebre sigue la desgana.  
Pero el amante sabe, anochecido,  
que lo suyo es el mar,  
y sólo anhela ya tender los brazos,  
asirse en el destrozo  
a una palpitación que desafíe  
a la muerte, salvarse de la muerte,  
resistirla, burlarla.  
Su tentativa alarga el regocijo  
de la mañana, al parecer, y tiñe  
su corazón de azul. Mas es inútil,  
porque entre labio y labio se previene  
el filo del cuchillo.

Edifica el amor  
su vana arquitectura sobre arena,  
cerca de aquella rada donde gime  
constante la palabra “fin”, y es todo  
menos que aire, pues  
está el corazón y el corazón  
es cosa de la muerte.  
Cuando el amante se hace olvidadizo  
y va a poner su vida en otros ojos  
por librarla, diciéndose: “Imposible

que aquí la encuentre”, ignora  
que el filo de un cuchillo  
puede muy bien cortar una mirada.

Qué baldío forcejeo  
entristece al amor. De muerte somos  
más cada día, apresuradamente,  
y aventurarse en las sutiles cuencas  
de su dominio es el recurso único  
para vencer. Así  
lo introdujo Holofernes en su tienda  
con requiebros de amor. En paz y a oscuras,  
a salvo con la muerte  
de este pavor, de esta espantada huida  
a nuevas simas, de este cuerpo a cuerpo  
del amor, en la linde de la nada,  
en esa linde peligrosa, aguda,  
cortante como el filo de un cuchillo.

4

Mira el haz de la Tierra  
y dice: “Todo es mío”;  
el aljibe y: “Mañana con la escarcha,  
o esta noche, podré beber.” Observa  
las colinas y en su liviana curva  
se complace. Al esclavo hiere y brota  
obediente la sangre.  
“Todo es mío”, repite. “Sueño mío.  
Soy yo de otra manera.”

César de un día, echa el amante suertes  
y se pierde a sí mismo, atravesando  
el río que separa los pronombres.  
“Seremos uno”, y sigue  
el agua la llamada  
del mar, en tanto el cauce permanece  
entre las dos riberas.



## *Enemigo íntimo*

Tiene el amor una moneda, cuyo  
reverso no permite efigie alguna,  
y entre la sed de los amantes huye  
lo irrepitible. (César  
y nada.) La paloma blanca suele  
anidar en la copa de los cedros  
más altos. ("Todo es mío.") El agua nunca  
viene: va siempre, va, desaparece  
por detrás del color y la forma,  
reflejando al amante absorto, mudo,  
de pie ya al otro lado del espejo.  
A solas con su herida  
("Hiero y brota la sangre...") ve evadirse  
lo rojo y lo tenaz  
de la culpa. Callar: eso es la muerte.

Antes éramos uno y todo quiere  
la unidad. Esta carne,  
esta desamparada resistencia,  
se someterá cuando  
caiga el octavo velo, su baluarte  
y frontera. También muda de piel  
a espaldas de diciembre,  
en su letargo, la serpiente. Ansía  
volver el César, y anda  
sin pausa en busca siempre  
de los idus de marzo.  
(El agua va, la sangre viene...) El héroe  
es el gusano. El día  
de desposarse con la primavera  
que irrumpirá en el bosque  
es antes de su adviento.  
A la mitad de marzo hay un cobijo,  
en el corazón último,  
donde perdura en flor el no nacido  
abril, y la oropéndola  
es sólo el trino. Donde  
"¿quién fui?", pregunta el César. Y sonrío.

Somos islas errantes. Solitarios  
que corren juntos sin saber adónde.  
Hecho está el juego, y se prohíbe ya  
rectificar la apuesta: hay que adoptarlo,  
hay pendiente un designio.

Nos posee  
aquello que creemos  
poseer, y aquello que nos quema  
no es más que el eco de una voz. Su nido  
tiene la golondrina en un calor  
lejano, y respeta el heliotropo  
mandatos de oro. Alguien  
remueve las profundas aguas negras  
y echa a volar después. En vano busco  
por la altamar caminos, huellas, contra  
las que oprimir mi pie y decir: “Estuve  
aquí otra vez y ardía. Reconozco  
esta muerte, esta noche: son las mías.  
Llevo en la frente su medida. Puedo  
olvidar a los otros. Ofuscado  
dormiré en la tiniebla sin estelas,  
a la que el orto de la luna teme.”

Pero el amor es una ardiente cábala  
con sal trazada en medio de la espuma.  
Ha de arrastrarse un corazón tras otro  
interminablemente, conspirar  
con un cómplice en ese breve crimen  
del abrazo. Qué sin sentido vamos.  
Qué huérfanos de abril y de esperanza.  
Trémulos como el ave  
que perdió su canción y no la encuentra,  
y se ha olvidado de quién es y cuál  
era su rama. En vilo mantenidos  
la víspera de nada,  
del peso de las alas prisioneros,  
entre el aire total, sin rumbos, sobre  
el divino cantil, en que las islas  
habrán de ser varadas para siempre  
junto al agua nocturna e inmutable.

Hay tardes en que todo  
huele a enebro quemado  
y a tierra prometida.  
Tardes en que está cerca el mar y se oye  
la voz que dice: "Ven."  
Pero algo nos retiene todavía  
junto a los otros: el amor, el verbo  
transitivo, con su pequeña garra  
de lobezno o su esperanza apenas.  
No ha llegado el momento. La partida  
no puede improvisarse, porque sólo  
al final de una savia prolongada,  
de una pausada sangre,  
brotó la espiga desde  
la simiente enterrada.

En esas largas  
tardes en que se toca casi el mar  
y su música, un poco  
más y nos bastaría  
cerrar los ojos para morir. Viene  
de abajo la llamada, del lugar  
donde se desmorona la apariencia  
del fruto y sólo queda su dulzor.  
Pero hemos de aguardar  
un tiempo aún: más labios, más caricias,  
el amor otra vez, la misma, porque  
la vida y el amor transcurren juntos  
o son quizá una sola  
enfermedad mortal.

Hay tardes de domingo en que se sabe  
que algo está consumándose entre el cálido  
alborozo del mundo,  
y en las que recostar sobre la hierba  
la cabeza no es más que un tibio ensayo  
de la muerte. Y está  
bien todo entonces, y se ordena todo,  
y una firme alegría nos inunda

de abril seguro. Vuelven  
las estrellas el rostro hacia nosotros  
para la despedida.  
Dispone un hueco exacto  
la tierra. Se percibe  
el pulso azul del mar. “Esto era aquello.”  
Cos esmero el olvido ha principiado  
su menuda tarea...

Y de repente  
busca una boca nuestra boca, y unas  
manos oprimen nuestras manos, y hay  
una amorosa voz  
que nos dice: “Despierta.  
Estoy yo aquí. Levántate.” Y vivimos.

**LA ACACIA**

1

Me llamó, me llamaba.  
Miré en el fuego y no se consumía.  
Lo anegó el agua, y era más sencillo  
que el agua.  
En el aire fue aire, y en la tierra  
fue a veces la sonrisa o el mudable  
resplandor de los astros.

Rompe el amor  
la seriedad de la mañana como  
la piedra ahuyenta la siesta del remanso.  
Abate el bosque familiar sus ramos  
y, cerrados los ojos, nos tendemos  
sobre la tumba... ¿Aquí acaba la búsqueda?  
No nos florece el corazón, ni cambia  
el color del olvido.

La noche prohibida  
devasta el trigal, tala los frutales,  
sofoca con su velo la armonía  
de las constelaciones. Ya se acerca  
la aurora, sorteando  
por la acera los cubos de basura:  
ilesa vida abajo, intacta  
entre las ruinas. Duerme  
el cuerpo disponible  
en su tronzado lecho de Procustes.  
No rozará la luz  
al prometido de la muerte,  
ni se contagiará la muerte de blancura...

Yo sólo soy el hombre que presencia  
mi vida, fijo los ojos en  
el guardián del jardín.  
Fueron éstas las cartas  
que me correspondieron en el primer reparto.  
Pero alguien hay que está

viviéndome, y respira al lado mío  
el aire que me sobra.

Vendrá un día  
en que yo seré el otro  
y viviré lo que ahora para él vivo.  
Hoy toda dicha posible quizá sea  
habitar en la estéril esperanza.

2

Ah, si la hubierais visto... Si una tarde,  
sentada en la ribera, la hubierais encontrado  
ajena a su vibrante melodía  
bajo la tarde, cerca de la acacia;  
si a los pies del muro  
encalado y los zócalos azules  
os hubiese mirado de repente  
a los ojos; si el soportal y el arco,  
la verde lluvia, el ánfora y la yerba  
indignos de ella os hubieran parecido;  
si hubieseis visto el tiempo  
que sorbe el corazón a las toronjas  
ceñirse sin dañarla su cintura...  
Ah, si la hubierais visto,  
quizá comprenderíais.

Traía el mes de mayo entre los ojos.  
Iba por mayo, libre  
como un olor, liviana,  
desnuda como el agua, y su andar era  
lo mismo que una rosa desbordante.  
Iba alumbrando mirtos y gardenias;  
redimía la noche con su gozo,  
y sólo su presencia -os lo aseguro-  
aderezó un jardín que no se acaba.  
Su cuerpo era salvaje como un río,  
huidizo como un río, cuya fuerza  
se renueva a medida que transcurre.  
Qué abandono tan íntegro: nada hubo

## *La Acacia*

comparable a su entrega,  
pues es casi imposible que los lirios silvestres  
se abandonen así por los taludes.

Confieso que en la alcoba yo le daba  
ricos nombres de pájaros exóticos,  
y que ella misteriosa sonreía  
como sonreiría una flor imposible.  
Bien sé que, al leer esto, los censores  
rasgarán sus opacas vestiduras;  
pero quiero decir que ella fue  
un jazmin blanco en el follaje oscuro,  
e innumerables sus caricias  
igual que el mar, igual que las hojillas  
que presta abril sin tino a los retoños,  
y un sabor a esperanza le mojaba los besos  
de cañaduz y menta a media noche...

Era tan bella que quizá el amor  
no se atrevió a elegirla como víctima.  
Acaso ya entendáis por qué ahora estoy  
ciego como los ojos de quien a nadie aguarda;  
de qué cielo he caído, de qué alado  
astro, y este dolor en que me pierdo.  
Ya no podrán mis versos otras tardes  
de orilla a orilla atravesar las aguas  
inconstantes. No hay esparcidas vides  
en los viñedos,  
y el ruiseñor anida  
en la negra rama enramada del silencio.  
Por eso, si lo sabeis, decidme,  
¿cabe bajo la tierra  
un corazón enamorado?  
Pues ya comprenderéis, amigos míos,  
que este amor es sin duda  
una historia muy triste.

3

En soledad remota  
lo que fue regocijo habita y muere.  
Sólo encendido un frío fuego queda  
de espaldas a la noche, y suplicantes  
símbolos arduos nueva vida piden.  
Pero hoy el corazón tengo anegado  
de ayer, y un árbol silencioso  
me cobija, sin frutos y sin hojas.  
La hora de las llamas  
transcurrió, amargo viento,  
sin consumir del todo la esperanza.  
En la acacia cantó la primavera,  
mordió el amor la boca del deseo,  
triunfó la sangre, bella y derrotada,  
manchando la traición de los jardines.  
Ya he aprendido que tiene el blanco abril  
su flor, y agosto su abundancia.  
Sé que el mar es eterno todavía  
y sé otras cosas; pero el corazón  
se me ahoga en el pozo del recuerdo.  
Todo estuvo en la acacia, todo estuvo...  
Ahora es la acacia el árbol del silencio.

4

Rasgó el amor, en sueños, sus ropas arrogantes  
y el incipiente fruto confió a la mirada.  
Lo infinito se hizo pormenor de repente;  
sugestiva la tarde, como un huerto cerrado.  
Es hora de adornarse con la roja dalmática  
y de buscar la dicha a toda cosata.  
La dura náusea fue el único camino  
de la estancia recíproca, del júbilo  
imperioso. Hoy es todo  
un alegre navío engalanado...  
Alzar los ojos de felicidad  
es no encontrar confines,



## *La Acacia*

tan sólo verdes ríos  
navegados entre juncias y hosannas.  
Aquello que está lejos siempre es mar...

Son demasiadas muertes para una sola vida.  
En el pequeño valle  
fácilmente adormecido:  
la yerba se vive adormecido:  
la yerba medra y brilla,  
las hojas se renuevan.  
Bastan los juveniles remeros violando  
la eternidad efimera del agua  
y el presentimiento de la mansa ribera.  
Basta la sazón cargazón de la nave  
que los fluviales bueyes embelesada guían.  
¿Con qué fin extender en cruz los brazos  
y levantar los ojos y la frente inspirados?  
Alguien hay que madura la caricia,  
dócil a abril y abierto a la hermosura.  
Ni el temor de escribir sobre la arena es justo ahora,  
pues el rocío no se pierde en vano  
ni el matiz de la menuda flor cae en el olvido...  
Sé que se va la luz sendero arriba,  
pero también a oscuras y en silencio se ama.

5

Pálida el alma va de tanta espera  
por los otros, tanta ciega espera  
que hace languidecer el césped y la herida  
de labios entreabiertos.

Pálida el alma rinde  
a un vacío sociego sus deseos,  
pero la unánime turba de las lomas  
un nuevo afán le enciende,  
y el alma sigue, vendimiando espinos.

Porque el momento es éste, qué gozosos  
el valle renaciente a la esperanza  
y el ave azul veloz de la mañana.  
Porque el instante es este de los atrevimientos,  
jubilosos los aires se proclaman  
mensajeros, y erige el sol dorada monarquía  
entre los pinos y la baja tarde.  
Denme rosas de olor que solloce  
pálida el alma ya de tanta espera.  
Consumado el presagio, como un eco  
larguísimo se anuncia el doble paso  
de su ternura y mi enternecimiento.  
El sonoro silencio, como un trémulo  
cañaveral, el índice en los labios,  
imperera; el ágil álamo edifica  
su atención, y suspira la espadaña,  
flor pensativa del arroyo;  
se desnuda la brisa de armonías;  
en sí medita el agua su milagro;  
el sueño, consumado, y la enramada,  
muda se ofrecen... Y el amor nos llega.

6

Hoy se queman los antiguos recuerdos  
en una atardecer de antiguas llamas.  
Voces que no entendemos nos advierten  
de lo que no entendemos y nos mata,  
mientras la luz a su cubil retorna  
póstuma y delicada.  
¿Qué hacer teniendo manos todavía?  
¿Esperaremos otra vez el alba,  
o dejaremos que la luna venga  
a llenarla de nuevo de fantasmas?

Hoy la ciudad parece, con la lluvia,  
una mano cerrada.

## *La Acacia*

El ayer reverdece en la memoria  
debajo de la acacia,  
y el beso que nos dieron a su sombra  
los albios nos abrasa.  
Quién abriera paisajes  
donde olvidar el alma...  
Hay flores en el aire  
que olvidan dar fragancia:  
va envejeciendo mayo  
y son ya todo filo las espadas.

Corazón nos hirieron, nos hirieron.  
Ya no nos queda nada  
que dar, que recibir, que arrebatarlos.  
Hemos oído tantas  
frases de amor aque ahora  
se nos desploma sorda la esperanza...  
Hoy se queman los últimos recuerdos  
y se dicen las últimas palabras.

7

Miro hacia atrás y veo  
la rosa innumerable.  
¿Qué flor, única, acaso  
sucederá mañana?  
Abro ventanas y  
súbitos miradores: nada encuentro  
sino el tiempo acechante.  
Se aproxima el esposo  
por caminos de cera  
y la lámpara está  
apagada hace mucho.  
Hay labios que suspiran  
al quebrarse las luces:  
unos labios ardientes malheridos  
por besos que no son los que esperaba.

¿Es que sólo es posible abrir los brazos  
y entrar en el silencio?

En una aguda noche me acuchilla  
el seminal perfume de la acacia.  
Paso al jardín y digo:  
“Aquí basta el recuerdo:  
me sentaré debajo de este árbol;  
renovaré la historia.”  
Pero el agua no es fiel. Desaparece,  
y queda abierta, muda,  
fría, la piedra de los surtidores.  
Hubo música aquí, y halagos hubo...  
No se inventa un recuerdo,  
ni la mano ni el arma  
pueden nunca inventarse.

Miro hacia atrás y veo  
repetirse las rosas.  
¿Cómo saber cuál era?  
Porque yo busco la última  
flor, la que permanece  
a pesar de las flores.  
Y ahora al volver la cara veo aún  
el sitio donde voy  
y la rosa que busco.  
Desde la antigua rama  
el sabio abejaruco me advirtió  
a través de la sangre: “Hallarás  
al destino dormido  
en anillo de fuego. Amor y muerte  
son sus manos. Desiste.”  
Pero amaneció el día  
de las consumaciones.  
Ya me quemo. Ya está  
clareando la tiniebla.  
En tanto que haya muerte habrá esperanza.

Miró a mi corazón y dijo: “Aquí.  
Aquí hay sitio bastante”,  
y apaciguó el amor sus estorninos  
sobre mis tristes olivares.  
Ensanchó salas, avenidas,  
la herida seca de los cauces:  
desconocido quedó todo  
por los pasillos familiares.  
Qué cánticos de luz. Qué aromas claras.  
Qué danza próxima y distante.  
Cómo saltaba y florecía  
por las enredaderas de la sangre.  
Florece. Saltaba. Florecía  
de nuevo. Su sabor teñía el aire.  
Alteradas, las ramas prometieron  
redondear en frutos el instante.  
¿Qué luna allí no hubiese concurrido?  
¿Qué ruiseñor callara allí delante?

Ojos palparon, bocas acechadas.  
Las roncadas manos jadeantes  
alzaron triunfos de jazmín  
sobre los hombros del más frágil.  
El tallo se olvidó lo que sabía  
porque aprendió la flor lo que no sabe.  
Oh, inesperado. Oh, anhelado.  
Cuando es vivir más importante,  
la lengua quiere gritar: “¡Vivo!”

(Cerrad los ojos y olvidadme.  
No envidéis ni la alegría  
de ayer, ni la tristeza que ahora hace  
ponerse el sol. Todo es sagrado;  
todo es fecundo y adorable.)

Porque no brotan flores de la piedra  
y en Betel vence siempre el Ángel,  
tañe el amor su lira de oro

a un universo irremediable.  
Mudos los labios del que sepa;  
muda su voz. Que sólo canten  
los que en las manos tienen rosas  
y siembran rosas y las pacen.  
¿De qué vale la rosa imaginada  
cuando hablan rosas a millares?

Yo miro manos, miro pechos,  
miro relámpagos, paisajes,  
nardos donde la aurora se posaba:  
miré un jardín interminable.  
Creció la miel que no razona  
en la aridez de mis canchales.

Abrió ventanas matutinas  
a relucientes pleamares...  
Ya no. Ya no. Ya no encontramos  
para seguir causa bastante.  
Lo que ha de morir, muera; lo que ha  
de pasar sin llevarnos, pase;  
lo que va hacia la noche, que se oculte;  
que nop despierten al cadáver.  
Vaya la rosas con su olor a cuestras,  
el recuerdo, conmigo, y yo con nadie.

Repetiré, repetiré la dicha  
que canté sonriendo, eterna, antes.  
Miente la sed de quien se queda;  
la verdad es de aquel que parte.  
Miró a mi corazón –miraba–: “Aquí.  
Aquí hay sitio bastante.”  
Y de un hachazo derrocó  
el olivo más alto de la tarde.

*Poemas de amor (1997)*

© **Antonio Gala**

Los poemas aquí reunidos han sido aportados por los amigos de la red P/L@ y encontrados en diversas páginas de internet. Este libro electrónico no se vende y es para conocimiento de la obra del autor.

***Red P/L@ 2001 - Para leer por e@mail***

Servicio solidario de lecturas por correo electrónico  
paraleer@data54.com

<http://es.groups.yahoo.com/group/paraleer>